

nado de cuarenta y cinco grados, pero tan en derechura, que le pareció á Graham, y quizás á muchos de los que estaban debajo, que no volvería á levantarse.

La máquina pasó tan cerca de Graham, que éste pudo ver á Ostrog, asido á los montantes del asiento, erizada su canosa cabellera; y el aeronauta, lívido, encorvado sobre la palanca que dirigía el propulsor. Oyó el vago grito lanzado por la multitud.

Graham se asió á la barandilla que tenía delante, respirando con dificultad. El segundo pareció un siglo.

La quilla del aparato no estuvo á más de un palmo de la cabeza de la muchedumbre, que retrocedió, con un grito de espanto, atropellándose unos á otros.

Y después se levantó.

Por un momento pareció cosa imposible el que pudiera rebasar la inmensa pared opuesta, y después que pudiera evitar el gigantesco molino de viento que giraba más allá.

Pero todo esto fué salvado y la aeropila se cernió en el espacio libre.

A la espectación del momento siguió una furia de exasperación cuando el pueblo se dió cuenta de que Ostrog se había escapado. Con retrasada actividad empezaron á hacer fuego, hasta el punto de oírse tan sólo un rumor de terremoto y de llenar el ambiente del humo azulado y picante del explosivo.

¡Demasiado tarde! La aeropila iba disminuyendo más á cada momento, y describiendo una graciosa curva en lo alto bien pronto desapareció á lo lejos. Ostrog se había salvado.

Por unos momentos un confuso clamoreo subió de las ruinas, y después la atención se concentró en Graham, inclinado, allá arriba, sobre el parapeto, Graham vió los ojos fijos en él, oyó los gritos que le saludaban. De todas las calles llegó el canto de la revolución extendiéndose como una brisa sobre aquel mar de cabezas.

El pequeño grupo de gente que le rodeaba le felicitó por haber escapado de manos de Ostrog. El hombre de amarillo estaba á su lado, rígida la faz y los ojos cente-

leantes. Y el canto iba propagándose más y más fuerte: *plan, plan, plan, plan.*

Lentamente fué dándose cuenta de la plena significación de aquellas cosas para él, del rápido cambio en su posición. Ostrog, que siempre se había interpuesto entre el pueblo y él, no estaba allí. Ya no había quién gobernase para él. El pueblo que le rodeaba, los jefes y organizadores de la multitud, le miraban esperando saber lo que quería hacer, lo que mandaría: sus órdenes. Era verdaderamente el rey.

Graham estaba decidido á hacer lo que se esperaba de él. Sus nervios y músculos temblaban, su mente quizás estuviese un tanto confusa, pero ya no sentía ni temor ni cólera. La mano que le magullaron en la lucha le dolía y estaba como febril. Se sentía un poco nervioso acerca de su parte. Sabía que no tenía temor, pero quería demostrar que no lo tenía. En su primera vida se había sentido con frecuencia mucho más excitado jugando una partida de ajedrez. Deseaba una acción inmediata, comprendía que no debía pensar mucho en los detalles de la ingente complicación de la lucha que se aproximaba, so pena de quedar paralizado por lo intrincado de esta complicación. Allá á lo lejos, sobre aquellos inmensos edificios, las estaciones volantes, reinaba Ostrog; y él iba á luchar, por el mundo, contra Ostrog.

CAPITULO XXIII

MIENTRAS VENÍAN LOS AEROPLANOS

Durante un buen intervalo el dueño de la tierra no fué dueño de sus pensamientos. Aun su voluntad no parecía su propia voluntad, sus actos le sorprendían y no eran sino una parte de la confusión de extrañas experiencias que cruzaban á través de todo su ser. Algunas estaban claramente definidas; los aeroplanos venían. Elena

Wotton había advertido al pueblo de su venida, y él, él era el Amo de la Tierra. Cada uno de estos hechos parecían luchar para tener completa posesión de sus pensamientos. Atravesaron un dédalo de animados salones, elevados pasadizos, aposentos repletos de revolucionarios que celebraban consejo, aposentos del cinematógrafo y teléfono, y otros con grandes ventañas que daban sobre un mar de hombres marchando. El hombre de amarillo y otros á quienes creyó oír llamar jefes de la guardia, le impelían hacia adelante ó le seguían obedientemente; era difícil decirlo. Quizás no hacían ni una cosa ni otra. Quizás un poder oculto y no sospechado les guiaba á todos. Graham se daba cuenta de que iba á lanzar una proclama á los pueblos de la tierra, de que ciertas grandiosas frases flotaban en su mente entre aquellas que pensaba pronunciar. Sucedieron ciertos menudos incidentes, y luego se encontró, acompañado del hombre de amarillo, en un pequeño aposento donde debía hacer la proclama.

El aposento estaba extrañamente adornado. En el centro se veía un brillante óvalo iluminado por globos eléctricos deslustrados. El resto permanecía en la sombra, y las dobles puertas, á través de las cuales había pasado, viniendo del salón del Atlas, hacían la estancia muy tranquila. El mortal silencio que le rodeó, la completa extinción del tumulto en que había vivido hacía horas, el tembloroso círculo de luz, los murmullos y silenciosos movimientos de los servidores envueltos en la sombra, todo esto produjo en Graham un extraño efecto. Los inmensos oídos de un aparato fonográfico se abrieron para recibir sus palabras, los negros ojos de una gran cámara fotográfica esperaban que comenzase; más allá, varillas y alambres metálicos centelleaban confusamente, y algo giraba en torno con ahogado zumbido. Se encaminó al centro del óvalo y su sombra se recogió, escueta y negra, en un pequeño círculo á sus pies.

La vaga forma del discurso estaba ya casi elaborada en su mente. Pero este silencio, este aislamiento, la súbita cesación de aquel contagioso estrépito, la silenciosa expectación de vibrantes y centelleantes máquinas, no habían entrado en sus cálculos. Todos sus soportes parecie-

ron derrumbarse juntos; cambió en un momento. Encontró ahora que tenía que ser inadecuado, temió aparecer teatral, temió la calidad de su voz, la de su ingenio, y se volvió al hombre de amarillo con gesto propiciatorio.

—Es preciso—dijo—que espere unos momentos. No creí que fuese esto. Debo pensar lo que he de decir.

Continuaba aún vacilante cuando llegó un agitado mensajero con la noticia de que los primeros aeroplanos pasaban sobre Arawan.

—¿Arawan?—repitió él.—¿Dónde está eso? Pero en fin... están en camino. ¿Cuándo llegarán?

—A la puesta de sol.

—¡Gran Dios! Dentro de pocas horas. ¿Y qué se sabe de las estaciones volantes?—preguntó.

—La gente de la avanzada sudoeste está dispuesta.

—¡Dispuesta!

Volvió impaciente al óvalo iluminado.

—Supongo que debe ser un discursito; ¡si supiera con certeza qué debo decir! ¡Los aeroplanos en Arawan! Deben haber salido mucho antes que la flota. ¡Y la gente dispuesta! Con seguridad... ¡Y qué importa, después de todo, que yo hable bien ó mal!—añadió, y notó que la luz ganaba en intensidad.

Había elaborado algunas vagas frases sobre el sentimiento democrático, cuando súbitas dudas vinieron á abrumarle. Había perdido la segura convicción acerca de su creencia en su heroica calidad y destino. Bruscamente se le hizo claro que aquella revolución contra Ostrog era prematura, destinada á retrasar el impulso de la pasión contra cosas incontables. Pensó en el vuelo veloz de aquellos aeroplanos, semejantes á la garra del Destino, dirigida hacia él. Le asombró haber podido ver las cosas bajo otra luz. Se debatió en esta final contingencia, pero determinado á toda costa á continuar el camino emprendido. Y entretanto no encontraba una palabra para empezar. Estando así, vacilante, á punto de dar una indiscreta excusa por su torpeza, se oyó un fuerte clamoreo fuera, y el ruido de muchos pies.

—Esperanza—exclamó alguien, y se abrió una puerta.

—¡Ella viene!—decían las voces.

Graham volvióse y las luces se desvanecieron.

Por la puerta entreabierta vió una figura gris que cruzaba una espaciosa sala. Su corazón dió un salto. Era Elena Watton. Detrás y en torno suyo resonaba una tempestad de aplausos. El hombre de amarillo se aproximó á Graham.

—Esta es la joven que nos ha revelado las intenciones de Ostrog—dijo.

El rostro de la joven estaba encendido, y su negra cabellera caía esparcida por sus espaldas. Los pliegues del suave vestido de seda flotaban en torno suyo. Iba acercándose y el corazón de Graham latía con violencia. Todas sus dudas se disiparon.

—¿No nos ha traicionado usted?—gritó.—¿Está usted con nosotros?

—¿Dónde ha estado usted?—preguntó Graham.

—En las oficinas de la guardia del sudoeste. Hasta hace unos diez minutos no he sabido que usted había vuelto. Fui á las oficinas á decirles á los jefes lo que ocurría para que ellos previniesen al pueblo.

—Yo vine tan pronto como supe...

—¿Lo sabía—exclamó ella;—sabía que usted estaría á nuestro lado! Y he sido yo... yo, quien se lo ha dicho. Y se han levantado. Todo el mundo está en armas. El pueblo ha despertado. ¡Gracias á Dios que no he trabajado en vano! Usted es el Amo aun.

—Usted les ha dicho...—empezó lentamente Graham, y notó que, á pesar de su segura mirada, los labios de la joven temblaban y su seno se levantaba.

—Se lo he dicho. Sabía la orden. Estaba aquí. Oí que se iban á traer negros á Londres con objeto de dominarle á usted y dominar á Londres... para tenerle á usted prisionero. Me apresuré á llevar la nueva al pueblo. Y usted todavía es el Amo.

—¿Y usted ha hecho eso?... ¡Usted, la sobrina de Ostrog!

—¡Por usted!—exclamó ella.—¡Por usted! ¡Para que usted, á quien el mundo ha esperado tanto tiempo, no fuese privado de su poder!

Graham se quedó un momento mirándola, sin poder

pronunciar una palabra. Sus dudas y vacilaciones habían desaparecido á su presencia. Recordó las cosas que había pensado decir. Encaró de nuevo la cámara y la luz adquirió de nuevo gran intensidad. Volvióse á ella.

—Usted me ha salvado—dijo;—ha salvado mi poder. La lucha ha empezado. Dios sabe lo que esta noche se verá... pero no deshonora.

Se detuvo. Dirigióse á las invisibles multitudes que le contemplaban á través de aquellos grotescos ojos negros. Comenzó á hablar lentamente.

—Hombres y mujeres de la nueva edad—dijo;—os habéis levantado para combatir por la raza... Ante nosotros no se presenta una fácil victoria.

Se detuvo para coordinar frases. Volvieron los pensamientos que pasaron por su mente antes de llegar Elena, pero transfigurados, no ya oscurecidos por la sombra de vacilación alguna.

—Esta noche es un comienzo—dijo.—La batalla que se prepara, esa batalla que se aproxima, no es más que el principio. Quizás habréis de luchar toda vuestra vida. No os importe que yo sea vencido, que yo sea destrozado.

Encontró la cosa en su mente demasiado vaga para ser expresada. Se detuvo un momento, y entró en vagas exhortaciones, y después un torrente de palabras salió de sus labios. Mucho de lo que dijo no eran sino humanitarios aforismos de la pasada edad, pero la convicción de su voz los llenó de nueva vitalidad. Explicó el caso de su siglo al pueblo de la nueva edad, á la mujer que tenía á su lado.

«Yo he venido á vosotros desde el pasado—dijo—con la memoria de un siglo que esperaba. Mi siglo era un siglo de ensueños... de comienzos, un siglo de nobles esperanzas; en todo el mundo queríamos el final de la esclavitud; en todo el mundo queríamos el deseo de que cesasen las guerras, de que los hombres pudiesen vivir noblemente en paz y reposo.

»...Así esperábamos en aquellos días que pasaron. ¿Y qué ha sido de estas esperanzas? ¿Qué es el hombre después de doscientos años?

»Grandes ciudades, vastos poderes, una grandeza co-

lectiva más allá de lo soñado. Para esto no trabajamos y esto ha venido. ¿Pero que es de las pequeñas vidas que sostienen lo más grande? ¿Qué es de las vidas comunes? Lo que siempre... sinsabor y trabajo, vidas inadecuadas y abortadas, vidas tentadas por el poder, tentadas por las riquezas y malogradas en la disipación y en la locura. La fe antigua se ha marchitado, la nueva fe... ¿Es que existe una nueva fe?»

Cosas que había, hacía mucho tiempo, deseado creer, se encontró con que las creía. Se sumergió en la creencia y se aferró á ella y se mantuvo así. Hablaba con frase elevada, con períodos entrecortados, pero con todo su corazón y su fuerza, de aquella nueva fe que palpitaba en su ser. Habló de las grandezas de la abnegación, de su creencia en una vida inmortal de la Humanidad en que vivimos y nos movemos. Su voz se levantaba y caía, y los aparatos repercutores reproducían estrepitosos aplausos. Durante unos pocos gloriosos momentos se dejó llevar de su entusiasmo; no tenía duda de su heroica condición ni de sus heroicas palabras, todo era sencillo y seguro. Su elocuencia no decayó ya. Por último terminó diciendo:

—Y ahora haré aquí y en este instante mi testamento. Todo lo que es mío en el mundo se lo dejo al mundo. Se lo dejo al pueblo y yo mismo me doy al pueblo. Si Dios quiere que viva, viviré para vosotros, y si no, moriré por vosotros.

Hizo un gesto florido y salió del óvalo. Encontró la luz de su presente exaltación reflejada en el semblante de la joven. Sus ojos se encontraron; los de ella estaban velados por las lágrimas. Se dieron la mano y estuvieron contemplándose con elocuente silencio.

—¡Ya lo sabía—murmuró ella,—ya lo sabía!

El no podía hablar y estrechó su mano con más fuerza. Su mente estaba llena de gigantescas pasiones.

El hombre de amarillo estaba con ellos. Ninguno de los dos le había visto. Venía á decir que el pueblo del sudoeste estaba en marcha.

—No lo esperaba tan pronto—exclamó.—Han hecho

maravillas. Debe usted enviarles un mensaje que les preste mayores ánimos.

Graham dejó la mano de Elena y le miró abstraído. Después, con un movimiento volvió á su preocupación sobre las estaciones volantes.

—Sí—dijo;—eso me place mucho, mucho.

Les envió un mensaje.

—Decidles ¡bravo por el sudoeste!

Volvió de nuevo sus ojos á Elena. En su rostro se retrataba la lucha de encontradas ideas.

—Es necesario que nos apoderemos de las estaciones volantes—dijo.—Si no lo hacemos, allí tomarán tierra los negros. Hay que impedirlo á toda costa.

Pero sintió que no era esto lo que había tenido en su mente antes de la interrupción. Vió un destello de sorpresa en los ojos de Elena. Pareció que iba á hablar, pero un vibrante campanillazo ahogó su voz.

Ocurrióse á Graham que la joven esperaba que él se pusiese al frente de aquellas gentes que marchaban al combate, y esto fué lo que decidió hacer. Hizo de pronto la proposición. Vió brillar su rostro.

—¡Aquí no hago nada!—dijo Graham.

—Eso es imposible—protestó el hombre de amarillo.—Se trata de una lucha en la calle. Su puesto de usted es éste.

Se explicó. Señaló el aposento donde Graham debía esperar, é insistió que no era posible tomar otro partido.

—Es necesario que sepamos dónde se halla usted—dijo.—En cualquier momento puede originarse una crisis que haga necesaria su presencia y decisión.

El aposento en cuestión estaba lujosamente decorado, se veían nuevas máquinas y un espejo que había estado en relación con el gran espejo del nido del cuervo. Parecióle muy natural á Graham que Elena se quedase con él allí.

Se le ocurrió que vería algo semejante á la lucha dramática ocurrida en las ruinas. Pero el espejo no reflejaba el campo de batalla que había imaginado. Al contrario, aislamiento y espectación. Tan sólo por la tarde entrevió algo de la lucha empeñada, invisible, á cuatro millas de

allí, detrás de la estación de Rochampton. Una lucha extraña y sin precedentes, una batalla que se componía de cien pequeñas batallas, una batalla en un laberinto de encrucijadas y canales, lucha sostenida sin vista de sol ni cielo, al resplandor de las luces eléctricas, lucha llevada á cabo en medio de una vasta confusión, por multitudes degeneradas en el trabajo manual y enervadas por la tradición de doscientos años de servil seguridad, contra multitudes desmoralizadas por concesión de veniales privilegios y sensuales permisiones. No tenían artillería, ni había diferencia en sus fuerzas; la única arma usada de ambas partes era la pequeña carabina de metal verde, cuya secreta manufactura y súbita distribución, en enormes cantidades había sido uno de los medios de que se había valido Ostrog contra el Consejo. Pocos sabían manejar estas armas, muchos jamás habían hecho un disparo, y había bastantes que no tenían municiones; jamás se había visto fuego más salvaje en la historia de la guerra. Era una batalla de aficionados, un repugnante ensayo del arte de la guerra, revoltosos combatiendo contra revoltosos.

De vez en cuando se recibían noticias de los aeroplanos, los cuales se acercaban, viéndoseles pasar por varios puntos, y la última noticia los denunciaba en el sur de Francia. Pero de los nuevos cañones que Ostrog había hecho fabricar, y que se sabía estaban en la ciudad, no llegaba noticia alguna, á pesar de la urgencia de Graham, ni tampoco de la lucha trabada en las estaciones volantes. Sección tras sección de las sociedades obreras iban congregándose, se ponían en marcha, y se perdían en el laberinto de la batalla. ¿Qué ocurriría allá? Ni siquiera los activos jefes de la revuelta lo sabían. A pesar del abrir y cerrar de puertas, del incesante campanileo y del rechinar de los diversos aparatos, Graham se sentía aislado, inactivo, extrañamente pasivo.

Este aislamiento le parecía á veces la más extraña, la más inesperada de todas las cosas que le habían ocurrido desde el momento de su despertar. Tenía algo de la condición de esa inactividad que acompaña á los sueños. ¡Un tumulto, la estupenda realización del mundo divi-

dido en una lucha, por Ostrog y por él, y después aquel silencioso aposento con sus máquinas y timbres y su espejo panorámico!

Tan pronto cerrábase la puerta y quedaban solos; luego se abría bruscamente y entraban mensajeros, ó un agudo timbre interrumpía sus pensamientos y le hacía la impresión de la ventana de una casa bien construída y alumbrada que se abriese de pronto á una ráfaga huracanada. La obscura precipitación y tumulto, el empuje y vehemencia del combate llegaban por un momento dominándolo todo. Ya no eran personas, sino meros espectadores, meras impresiones de una tremenda convulsión. Ni aun ellos dos se aparecían como reales para sí mismo, y las dos antagónicas realidades, las solas, eran, primero la ciudad, numerosa y luchando frenética allá, y en segundo lugar, los aeroplanos viniendo rápidos é inexorables sobre ellos.

Al principio, su condición había sido la de una exaltada confianza, se apoderó de ellos un gran orgullo, orgullo del uno por el otro, á causa de las grandes concepciones que habían imaginado. Al principio había paseado por el aposento elocuente, con una transitoria persuasión de su tremendo destino. Pero lentamente inquietas intimaciones de su próxima derrota tocaron su ánimo. Transcurrió un largo intervalo en que nadie vino á interrumpirles. Cambió de asuntos, pensó más en él, habló de lo maravilloso de su letargo, de la reducida vida de sus memorias, remotas pero claras, algo semejante á lo que se vería invirtiendo unos gemelos de teatro, y de todo el breve lapso de deseos y errores que formaron su primera existencia. La joven dijo muy poco, pero la emoción en su rostro seguía los tonos de la voz de Graham, y parecióle á éste que por último había encontrado una perfecta inteligencia. De estas reminiscencias pasó al sentimiento de grandeza que ella le imponía.

—Y á través de todo esto—dijo—tenía este destino delante de mí; esta vasta herencia con la cual no había siquiera soñado.

Insensiblemente su preocupación ante la revolucionaria convulsión, dejó puesto á cosas más familiares. Co-

menzó á interrogar á Elena. Esta le habló de los días anteriores á su despertar, de los juveniles ensueños que habían sido como un sesgo en su vida, de las increíbles emociones que su despertar había producido en ella. Le habló de una trágica circunstancia de su juventud que le había oscurecido la dicha, avivado su sentido sobre la injusticia y abierto prematuramente su corazón á los más violentos sinsabores de la vida. Durante un corto rato, ó así se lo pareció á él, la gran lucha sostenida por el pueblo quedó olvidada.

Pero estos detalles íntimos fueron interrumpidos por la entrada de mensajeros que venían á decir que una gran flota de aeroplanos había pasado por encima de Aviñón. Graham se encaminó al aparato reflector del ángulo y se aseguró de la certeza de la nueva. Fué al departamento geográfico y midió sobre el mapa las distancias de Aviñón á Nueva Arawan y á Londres. Hizo un rápido cálculo. Encaminóse al salón donde estaban los jefes á preguntarles por el estado de la lucha; pero allí no encontró á nadie. Volvió con Elena.

Su rostro había cambiado. Ocurriósele que la lucha estaba á más de su mitad, que Ostrog se defendería á todo trance, y que la llegada de los aeroplanos podía introducir el pánico. Una frase casual le hizo vislumbrar la realidad de las cosas. Cada uno de aquellos gigantescos barcos volantes llevaba quinientos negros salvajes que introducirían el exterminio en la ciudad. De pronto su humanitario entusiasmo pareció debilitarse. Tan sólo dos de los jefes populares estaban en su aposento cuando volvió de nuevo; el salón del Atlas parecía vacío. Parecióle ver un cambio en el rostro de las personas que esperaban sus órdenes. Una sombría desilusión oscureció su mente. Elena le miró ansiosa cuando volvió de fuera.

—No hay noticias—dijo con fingida naturalidad en respuesta á sus miradas.

Después tuvo un impulso hacia la franqueza.

—O mejor dicho... malas noticias. Perdemos terreno. Las estaciones no son nuestras aun y los aeroplanos no tardarán en aparecer.

Dió un paseo por la estancia, y regresó.

—Si no nos apoderamos de las estaciones dentro de una hora... veremos cosas horribles. Seremos batidos.

—¡No!—dijo.—Tenemos la justicia de nuestra parte... tenemos el pueblo. ¡Dios está á nuestro lado!

—Ostrog posee la disciplina... tiene planes. ¿Sabe usted de lo que siente ahora... después de haber oído lo de la proximidad de los aeroplanos? Pues como si luchase contra la maquinaria del destino.

La joven guardó silencio durante unos momentos.

—Hemos hecho bien—dijo por último.

El la miró dudando.

—Hemos hecho lo que hemos podido. ¿Pero depende esto de nosotros? ¿No se trata de un pecado más antiguo, más violento?

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó ella.

—Esos negros salvajes, gobernados por la fuerza, usados como fuerza. Y han estado bajo el dominio de los blancos durante doscientos años. ¿No es esta una lucha de razas? La raza peca... la raza paga.

—¡Pero esos obreros, ese pobre pueblo de Londres!...

—Merecida expiación. Permanecer en el error es participar de la culpa.

Elena le miró profundamente, asombrada del nuevo aspecto que presentaba.

Oyóse dentro el vibrar de un timbre, el sonido de pasos y la algarabía de un mensaje fonográfico. El hombre de lo amarillo se presentó.

—¿Qué?—preguntó Graham.

—Están ya en Vichy.

—¿Y qué ha sido de los hombres que esperaban en el salón del Atlas?—preguntó Graham de pronto.

La máquina parlante avisó otra vez.

—Podemos vencer aún—dijo el hombre de ropaje amarillo acudiendo al fonógrafo.—Sólo que encontrásemos los cañones que Ostrog tiene ocultos. Se buscan sin parar. Quizás este mensaje...

Graham le siguió. Pero la noticia se refería también á los aeroplanos. Se cernían sobre Orleans.

Graham volvió al lado de Elena.

—Nada de nuevo—dijo;—nada de nuevo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Y nada podemos hacer?

—Nada.

Graham paseaba con impaciencia. De repente se dejó llevar de su natural colérico.

—¡Maldito sea este complicado mundo—exclamó—y todas las invenciones de los hombres! ¡Que un hombre haya de morir como una rata en una trampa, sin ver al enemigo! ¡Oh, por un golpe!

Hubo un brusco cambio en sus maneras.

—¡Esto son necedades!—dijo.—Soy un salvaje.

Dió otro paseo y se detuvo.

—Después de todo, París y Londres no son más que dos ciudades. Toda la zona templada está sobre las armas. ¿Qué importa que París y Londres sean destruidas? Menos accidentes.

De nuevo tuvo que salir para recibir noticias. Volvió con el rostro más grave y se sentó junto á Elena.

—El final está próximo—dijo.—El pueblo lucha y perece á millares; los alrededores de Rochampton parecen una columna ahumada. Y mueren en vano. Están todavía en la parte baja de las estaciones. Los aeroplanos están cerca de París. Aun si ahora se presentase un destello de éxito, nada podríamos hacer, no tendríamos tiempo para intentar nada antes de tenerlos encima. Los cañones que hubieran podido salvarnos están mal colocados. ¡Mal colocados! Fíjese usted en el desorden de estas cosas. ¡Piense usted en ese loco tumulto, que ni siquiera sabe hacer uso de sus armas! ¡Oh, por una aeropila... una nada más! Por falta de ella me veo derrotado. ¡La humanidad batida y perdida nuestra causa! Mi reinado, mi loco reinado no durará una noche... Y yo he inducido al pueblo á la lucha...

—De todos modos lo hubiera hecho.

—Lo dudo. He ido entre ellos...

—No—exclamó ella,—eso no. Si llega la derrota... si usted muere... ¡Pero eso no puede ser... no puede ser, después de tantos años!

—¡Ah! Teníamos buenos propósitos. Pero... Usted realmente cree...

—Si le vencen á usted—exclamó Elena,—usted ya ha

hablado. Su palabra ha cruzado el mundo como un gran viento, sacudiendo la llama de la libertad. ¡No importa que la llama chisporrotee un poco! Nada puede cambiar las palabras dichas. Su proclama es conocida en todas partes...

—¿A qué bueno? Puede ser. Ya sabe usted lo que le dije cuando me habló de esas cosas... ¡Dios potente!... Aun no hace muchas horas... la dije á usted que no tenía su fe... en fin... de cualquier modo no podemos hacer nada...

—¿No tiene usted mi fe? ¿Qué quiere usted decir?... ¿Acaso siente usted?

—¡No—contestó él presuroso,—no! ¡Ante Dios... no! Su voz cambió.

—Pero... Yo pienso... Creo que he sido indiscreto. Sé muy poco... he obrado con precipitación.

Se detuvo. Se avergonzaba de hacer aquella declaración.

—Pero hay una cosa que equivale por todas. La he conocido á usted. A través de este abismo de tiempo he llegado á usted. El resto está hecho. Hecho. Con usted también, unas veces he sido más... otras menos...

Se detuvo con expresión escrutadora, sin hacer caso de un mensaje acerca de los aeroplanos, que pasaban sobre Amiens.

Ella se llevó la mano al pecho y sus labios temblaron. Miró delante de sí como si entreviese alguna horrible posibilidad. De pronto sus facciones cambiaron.

—¡Oh... pero yo he sido honrada!—exclamó, y después:—Amo el mundo y la libertad, odio la crueldad y opresión. Seguramente ha sido esto.

—Sí—dijo él,—sí. Y nosotros hemos hecho lo que estaba en nuestro poder. Pero ahora... ahora que puede ser nuestro último momento, ahora que todas estas grandes cosas se han realizado...

Se detuvo. Ella permaneció silenciosa y pálida.

Durante unos momentos no se dieron cuenta de cierta agitación en el exterior, pasos, carreras y gritos. Después Elena se quedó atenta.

—Eso es...—y se detuvo nerviosa, incrédula, triun-

fante. Y Graham también oyó. Voces metálicas gritaban: «¡Victoria!»... Sí, decían «¡Victoria!» Se puso en pie con una brillante esperanza en los ojos.

El hombre de vestido amarillo se precipitó en el aposento, temblando de excitación.

—¡Victoria!—exclamó.—¡Victoria! El pueblo vence. Las gentes de Ostrog retroceden.

Elena levantóse.

—¡Victoria!—Y su voz era débil y enronquecida.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Graham.—¡Hable usted! ¿Qué?

—Los hemos desalojado de las galerías bajas en No-wood, Streatam es presa de las llamas, y Rochampton es nuestro. ¡Nuestro... y nos hemos apoderado de la aeropila que estaba allí!

Por un momento Graham y Elena permanecieron en silencio, palpitanes sus corazones, mirándose el uno al otro. Por un momento brilló para Graham su sueño de imperio, de reinado, con Elena á su lado. Brilló y pasó.

Sonó una estridente campanilla. Entró un agitado individuo.

—¡Todo ha concluido!—gritó.—¿De qué nos sirve habernos apoderado de Rochampton? Los aeroplanos están en Boloña.

—¡El Canal!—exclamó el hombre de amarillo. Calculó rápidamente.—¡Media hora!

—Aun tienen tres estaciones—dijo el hombre de pelo canoso.

—¿Y esos cañones?—preguntó Graham.

—No podemos montarlos... es decir, en media hora.

—¿Pero se han encontrado?

—Tarde, desgraciadamente—replicó el anciano.

—¡Si pudiéramos detenerlos una hora!—gritó el del traje amarillo.

—Nada puede detenerlos ya—dijo el anciano.—Vienen cien aeroplanos en esa primera flota.

—¿Otra hora?—dijo Graham.

—¡Están tan cerca!—exclamó el jefe.—¡Y ahora que habíamos encontrado esos cañones! Tan sólo que pudiéramos emplazarlos en las terrazas...

—¿Cuánto tiempo se necesita para eso?—dijo Graham de pronto.

—Una hora... poco menos.

—¡Tarde—exclamó el jefe,—demasiado tarde!

—¿Demasiado tarde?—dijo Graham.—¡Una hora!...

Había entrevisto una posibilidad. Trató de expresarse con calma, pero su faz estaba blanca.

—Hay una probabilidad. ¿Dice usted que han cogido una aeropila?

—En la estación de Rochampton, señor.

—¿Rota?

—No, intacta. A punto de ser botada... Pero no hay aeronauta...

Graham miró á los dos hombres y después á Elena. Habló tras larga pausa.

—¿No tenemos aeronauta?

—Ninguno.

—Los aeroplanos son instrumentos groseros comparados con las aeropilas—dijo Graham pensativamente.

Volvióse súbitamente á Elena. Su decisión estaba hecha.

—Debo ir yo.

—¿A qué?

—A la estación... á embarcarme en esa aeropila.

—¿Qué quiere usted decir?

—Yo soy aeronauta. Después de todo... aquellos días que usted me echaba en cara no eran enteramente malgastados.

Volvióse al anciano.

—Ordene usted que pongan la aeropila sobre los rieles.

El hombre de amarillo vaciló.

—¿Qué piensa usted hacer?—gritó Elena.

—Esa aeropila es una probabilidad...

—¿Intenta usted?...

—Combatir... sí. Combatir en el aire. Lo he pensado... El aeroplano es de pesado manejo. Un hombre resuelto...

—Pero... jamás desde que la navegación aérea empezó...—exclamó el hombre de ropaje amarillo.

—No ha habido necesidad. Ahora ha llegado su tiem-

po. Vaya usted á llevar mis órdenes... que pongan la aeropila sobre los rieles.

El anciano interrogó al de amarillo, movió la cadeza y salió presuroso.

Elena dió un paso hacia Graham. Su rostro estaba blanco.

—¿Pero... cómo luchar? ¡Le matarán á usted!

—Quizás. Pero si no hago eso... ó permito que lo haga cualquier otro...

No terminó la frase, significando la alternativa con un gesto, y se miraron por un momento.

—Tiene usted razón—dijo ella por último en voz baja.

—Tiene usted razón. Si alguien debe ir... es usted.

El adelantó otro paso hacia ella, y ella retrocedió; su pálido rostro volvióse.

—No—balbuceó.—No puedo soportar... ¡Váyase usted!

El extendió estúpidamente las manos. Ella se las estrechó.

—¡Y ahora vaya usted!—exclamó.—¡Vaya usted!

El dudó y comprendió. Hizo un gesto dramático. No encontró palabra que decir y volvió la espalda.

El hombre de amarillo se dirigió á la puerta con pesado paso. Pero Graham le apartó. Encaminóse al aposento donde el anciano transmitía por teléfono la orden de colocar la aeropila sobre los rieles.

El hombre de amarillo echó una mirada de soslayo sobre la figura silenciosa de Elena, vaciló y salió detrás de Graham. Graham no volvió la vista atrás ni una vez, no habló hasta que la cortina del gran salón no hubo caído detrás de él. Entonces volvió la cabeza en varias direcciones.

CAPITULO XXIV

LA LLEGADA DE LOS AEROPLANOS

Dos hombres vestidos de azul pálido estaban tendidos en la línea irregular que se extendía á lo largo del borde de la apresada estación de Rochampton, empuñadas las carabinas y atisbando entre las sombras de la estación llamada Wimbledon Park. A intervalos se dirigían la palabra. Hablaban el mutilado inglés de su clase y período. El fuego de los secuaces de Ostrog se había debilitado llegando á cesar, y eran pocos los que aparecían á la vista. Pero los ecos de la lucha que se sostenía en las remotas galerías bajas de aquella estación, llegaban ahora y después entre el sonido dominante de las descargas del pueblo. Uno de aquellos hombres describía al otro cómo había visto á un hombre oculto detrás de una travesía, y le había apuntado á tenazón haciendo blanco.

—Allí está aún—añadió.—En aquella mancha... mira... entre unos hierros...

A algunos pasos de ellos yacía un cadáver, la cara vuelta al cielo, con una gran mancha roja en medio de su chaqueta de tela azul. Detrás un hombre herido, con el muslo roto, contemplaba con expresión los progresos del incendio. Destacándose como un gigante detrás de ellos se veía la aeropila.

—No la veo ya—dijo el segundo de los dos hombres con tono pensativo.

El otro levantó la voz para explicarle claramente la

cosa; y de pronto le interrumpió un sonido de gritos que subía de abajo.

—¿Qué ocurrirá ahora?—dijo, y se incorporó sobre un brazo para mirar hacia la puerta de la escalera que conducía á la terraza. Cierta número de figuras azules desembocaban por aquella puerta, y se encaminaban hacia la aeropila.

—No necesitamos aquí tanta gente—dijo uno de los hombres.—No sirven más que para atraer la atención. ¿Qué vendrán á buscar?

—¡Psé!... Aclaman algo...

Se pusieron á escuchar. Los recién llegados rodeaban la aeropila. Tres jefes, fáciles de reconocer por sus mantos negros, se encaramaron al aparato y aparecieron en la cubierta. Los otros hombres comenzaron á maniobrar y á mover el casco. Uno de los dos hombres se puso de rodillas.

—Quieren colocar la aeropila en los rieles... eso es lo que están haciendo.

Se puso de pie y su amigo le imitó.

—¿A qué fin?—dijo el último.—No tenemos aeronautas.

—No lo sé... pero eso es lo que están haciendo.

Miró su carabina, miró al grupo, y volviéndose de pronto al herido:

—Tenme esto, camarada—dijo dándole el arma y la cartuchera; luego se encaminó hacia la aeropila.

Durante un cuarto de hora, con los otros, sudó, gritó, se fatigó, y por último la cosa quedó en su sitio y se produjo una aclamación por el buen éxito. Y ya sabía en aquel momento, como lo sabía todo el mundo, que el Amo, aun cuando nuevo en aquel arte, intentaba tripular la máquina, y que se dirigía allí, no queriendo que ningún otro hombre lo hiciera por él.

—El que corre el mayor peligro, el que toma la carga más pesada, ese es rey—había dicho el Amo. Y estando el hombre victoreando aún, y mientras arreglaba el desorden de sus cabellos, oyó el trueno de un tumulto más grande, y á momentos después trozos lejanos del himno revolucio-

nario. Vió por un boquete una creciente masa de cabezas que ascendía por las escaleras.

—¡El Amo que viene!—gritaban.—¡El Amo que viene!

Y la multitud se hacía cada vez más compacta. El hombre se encaminó hacia la escalera.

—¡El Amo viene! ¡El Durmiente, el Amo! ¡Dios y el Amo!—aclamaba la muchedumbre.

Y súbitamente vió cerca de él los uniformes negros de la guardia revolucionaria, y por la primera y última vez en su vida vió á Graham á cuatro pasos del lugar en que él estaba. Un hombre alto, moreno, con una flotante túnica negra, con un pálido y decidido semblante, mirando delante de él; un hombre que para todas las pequeñas cosas en torno suyo no tenía oídos, ni ojos ni pensamientos... Durante todos los días de su vida recordó aquel hombre la descolorida faz de Graham. Un momento después había pasado y el hombre se encontró luchando entre el grupo que se arremolinaba. Un muchacho se echó espantado sobre él, huyendo hacia la escalera al grito de «¡Despejad... va á salir la aeropila!» La campana que invitaba á despejar la azotea, comenzó á repicar con fuerza.

Con este estrépito en sus oídos llegó Graham junto al aparato, pasando por debajo de las alas. Se dió cuenta de que muchos se ofrecían á acompañarle, pero él se oponía con un gesto. Necesitaba recordar cómo se ponía en movimiento la máquina. La campana no cesaba en su repique, y la gente se precipitaba como un mar desbordado hacia la escalera. El hombre de amarillo le ayudaba á subir por entre las costillas del casco. Se encaramó en el asiento del aeronauta, fijándose con gran cuidado. ¿Pero qué era esto? El individuo de ropaje amarillo señalaba dos aeropilas que se dirigían al sur. Indudablemente vigilaban la llegada de los aeroplanos. No había tiempo que perder. Le hacían observaciones, le daban consejos. Le mareaban. Necesitaba pensar sobre la aeropila, recordar todos los detalles de sus primeras experiencias. Hizo señal á la gente de que se apartase, vió descender al hombre de amarillo, y vió replegarse á la multitud á sus gestos.

Por un momento quedó inmóvil, los ojos en las palancas, en el tornillo que ponía en movimiento el propulsor, en todos los delicados componentes que conocía tan poco. Su vista cayó sobre un nivel de alcohol con la burbuja hacia él, y empezó á recordar; empleó unos momentos en balancear el mecanismo hacia adelante hasta que la burbuja ocupó el centro. Observó que el pueblo no gritaba, comprendió que observaban su deliberación. Una bala se aplastó sobre la barra, encima de su cabeza. ¿Quién había tirado? ¿Estaría el camino de rieles despejado? Se asomó para verlo y volvió á sentarse.

Un momento después el propulsor estaba en movimiento y el casco comenzó á deslizarse por los carriles. Asíó la palanca y balanceó el mecanismo para levantar la proa. Entonces la multitud empezó á gritar de nuevo. Un momento después sentía las vibraciones del mecanismo y los gritos fueron debilitándose detrás hasta quedar en silencio. El viento silbaba sobre los bordes de la pantalla y la tierra se hundía debajo de él rápidamente.

Trob, trob, trob,—trob, trob, trob; navegaba en pleno aire. Se imaginó libre de toda excitación, sintiéndose sereno y frío. Elevó aún más la proa, abrió una válvula del ala izquierda y describió una espiral remontándose. Su mirada recorrió el espacio. Una de las aeropilas de Ostrog venía á través de su camino; así se dirigió oblicuamente hacia ella describiendo ambas un ángulo abierto. Los diminutos aeronautas le observaban. ¿Qué querían hacer? Su mente entró en actividad. Notó que uno de ellos preparaba una carabina dispuesto á hacer fuego. ¿Qué pensaban que intentaba hacer él? En un momento comprendió su táctica y tomó su partido. Su momentáneo letargo había pasado. Abrió dos válvulas más á la izquierda, viró en redondo, se puso enfrente de la aeropila enemiga, cerró las válvulas y se precipitó contra ella, oculto á sus tripulantes por la proa y la pantalla. Se elevaron un poco como para dejarle paso.

Trob, trob, trob,—pausa,—trob trob, trob;—apretó los dientes, hizo una mueca involuntaria y ¡crag! ¡Y la embistió! ¡La proa chocó con el ala más próxima!

Con lentitud el ala de su antagonista pareció ensan-

chase al golpe. Después todo el aparato comenzó á descender.

Graham notó que su roda se inclinaba hacia abajo, sus manos se crisparon sobre las palancas, y comenzó á manejar el mecanismo hacia atrás. Sintió la sacudida del aparato, la proa comenzó á subir y por un momento Graham se mantuvo echado hacia atrás. La máquina daba vueltas, se balanceaba, parecía bailar sobre su quilla. Graham hizo un tremendo esfuerzo, se colgó un momento á las palancas, y lentamente el mecanismo fué de nuevo hacia adelante. Se remontaba, pero no tan verticalmente. Graham respiró con fuerza y empuñó de nuevo las palancas. Un esfuerzo y se puso casi á nivel. Pudo respirar. Volvió la cabeza por la primera vez para ver lo que había sido de su antagonista. Y entonces vió que entre las dos estaciones orientales había un claro, y por este claro desapareció la aeropila agredida con la velocidad de un meteoro.

Al principio no comprendió, pero se apoderó de él un violento gozo. Gritó hasta desgañitarse, un grito inarticulado, y se remontó más alto en la atmósfera. *Trob, trob, trob, pausa, trob, trob, trob.*

—¿Dónde estará la otra aeropila?—pensó.—Ellos también...

Viendo vacío el espacio en torno suyo, tuvo el momentáneo temor de que aquella máquina estuviese encima de la suya, pero después la vió descendiendo sobre la estación de Norwood. El peligro de ser precipitado de cabeza desde una altura de dos mil pies iba más allá de su valor. El combate era rehuído.

Graham describió algunos círculos, después se encaminó con ligero descenso hacia la estación de Streatham. *Trob, trob, trob,—trob, trob, trob.* El crepúsculo iba extendiéndose; el humo de la estación de Streatham, que hasta entonces había sido denso y negro, era ahora un haz de llamas, y todas las enlazadas curvas de los caminos movibles, y los translúcidos techos y cúpulas y los claros entre los edificios brillaban suavemente, alumbrados por la velada radiación de la luz eléctrica. Las tres estaciones útiles que poseían los secuaces de Ostrog—pues

Wimbledon Park era inservible por el fuego que hacían desde Rochampton y Streatham era una hoguera,—resplandecían con las luces que habían de servir de guía á los aeroplanos. Al pasar por encima de la estación de Rochampton vió la negra masa de gente apiñada allí. Oyó una explosión de frenéticas aclamaciones, y una bala dirigida desde Wimbledon Park zumbó en el aire y fué á caer hacia Surrey. Sintió una bocanada de viento sudeste, y disminuyó el ala de sotavento prosiguiendo su camino en espiral. *Trob, trob, trob,—trob, trob, trob.*

Y continuó subiendo hasta que el terreno bajo él se apareció aplanado é indistinto y Londres se presentaba como un pequeño mapa trazado con líneas luminosas.

En el sudoeste el firmamento parecía de zafiro, y al ascender todavía más el número de estrellas fué aumentando á su vista.

¡Y allá, al sur, más bajas y centelleando cada vez más cerca, dos pequeñas manchas de nebulosa luz! Y luego dos más, y después un compacto fulgor de formas que se aproximaban. Bien pronto pudo contarlas. Eran veinticuatro. ¡Llegaba la primera flota de aeroplanos! Más allá se entreveían nuevas sombras.

Graham describió un semicírculo encarando con aquella flota que avanzaba. Navegaban formando un triángulo de gigantescas formas fosforescentes. Graham hizo un breve cálculo de su paso y movió la pequeña rueda que inclinaba la maquinaria hacia adelante. Tocó una palanca y el propulsor cesó de funcionar. Empezó á caer con más rapidez á cada momento. Tendía á colocarse en el vértice de la cuña. Caía como una piedra á través del aire. Apenas pareció transcurrir un segundo cuando cayó sobre el aeroplano que iba delante.

Ninguno, entre aquella negra multitud, vió la llegada de su enemigo, ninguno soñaba en el halcón que se precipitaba sobre ellos desde las nubes. Los que no estaban mareados, alargaban sus negros cuellos y miraban para entrever la vasta ciudad que iba surgiendo entre la bruma, la rica y espléndida ciudad que «massa Bors» entregaba á sus obedientes músculos. Brillaban blancas dentaduras y las negras fisonomías resplandecían. Habían oído ha-

blar de lo de París. Sabían que iban á tener su desquite entre los «pobres blancos.» Y súbitamente Graham se precipitó.

Su intención era hacia el cuerpo del aeroplano, pero veloz como el relámpago mudó de pensamiento. Se colocó al lado y se lanzó con todo su peso sobre la rueda alada de estribor. El choque le hizo rebotar. Su proa se deslizó por la lisa expansión hasta el borde. Sintió el veloz empuje de la inmensa máquina arrastrándole á él y á su aeropila, y por un momento, que le pareció un siglo, no supo lo que ocurría. Oyó los gritos lanzados por mil gargantas y notó que su máquina se balanceaba en el borde de la gigantesca flota, y bajaba, bajaba siempre; miró hacia atrás y vió el codaste del aeroplano y el ala opuesta casi desprendidos. Entrevió por el armazón rostros aterrados y manos asidas á las barras de sostén. Más allá, un segundo aeroplano se desviaba para evitar el remolino de su compañero. El material de las alas se dispersaba en el aire. Notó que su aeropila había quedado zafada, y que la monstruosa fábrica, volcada en redondo, se cernía sobre él como una pared desplomada.

No comprendía aún claramente que se había lanzado sobre el mecanismo de ascensión del aeroplano, saliendo rebotado, sino notaba que se cernía debajo cayendo rápidamente. ¿Qué había hecho? Su corazón palpitaba ruidosamente y por un momento, lleno de peligro, no pudo mover las palancas por tener las manos paralizadas. Asíólas por fin para traer la maquinaria hacia atrás, luchó unos momentos para vencer la resistencia, se fué alzando, y por fin voló horizontalmente, vibrando de nuevo el propulsor.

Miró hacia arriba y vió dos aeroplanos deslizándose ruidosamente á gran altura, y al resto de la flota, diseminado, y en abiertas direcciones; el que había colisionado caía sobre los molinos de viento. Hizo inclinar la popa y miró otra vez. Mientras miraba la aeropila subía sin que él tuviese cuenta de su dirección. Vió al pesado armazón estrellarse contra el suelo, haciéndose mil pedazos. *Trob, trob, trob,* pausa. De pronto á través del espacio una lengua blanca de fuego que se elevaba hacia el cenit.

Y entonces se dió cuenta de una inmensa masa flotante que se precipitaba en su dirección, y pudo elevarse á tiempo de evitar la carga—si era una carga—de un segundo aeroplano. El coloso pasó por debajo, y casi le volcó con el huracán de su marcha.

Notó que otros tres se dirigían hacia él, y sé percató de que necesitaba elevarse sobre ellos. Los aeroplanos le rodeaban, al parecer evolucionando para precaverse de sus acometidas. Pasaron por su inmediación, arriba, abajo, hacia oriente y occidente. Lejos, al oeste, se dejó oír el estrépito de una colisión y dos resplandores que se precipitaban hacia la tierra. Lejos, por el sur, se aproximaba un nuevo escuadrón. Graham se remontó. Bien pronto toda la flotilla estuvo debajo de él; por un momento vaciló sobre la oportunidad de caer sobre ellos, y después se precipitó sobre una nueva víctima y toda su carga de milicia negra la vió caer. La gigantesca máquina giró al peso del pasaje que corrió á la popa á buscar sus armas. Una lluvia de balas barrió el aire y una de ellas se aplastó en el grueso cristal tras el cual se resguardaba Graham. El aeroplano se dejó caer para evitar su embestida, pero inútilmente. Justamente á tiempo vió los molinos de viento de Bromley elevándose hacia él, y entonces detuvo el descenso mientras el aeroplano vulnerado pareció quedar inmóvil un momento, para caer luego entre ellos haciéndose añicos.

—¡Dios!—exclamó cuando lo vió estrellarse, y de nuevo volvió á subir. Un triunfante entusiasmo se había apoderado de él, una gigante actividad. Sus preocupaciones sobre la humanidad, sobre su ineptitud, se habían extinguido para siempre. Era un combatiente gozoso de su poder. Los aeroplanos parecían irradiar en todas direcciones, procurando únicamente evitarle, y el clamoreo de los pasajeros llegaba á intervalos á sus oídos. Escogió su tercera presa, se lanzó hacia ella y salió por el borde, en tanto que el aeroplano se precipitaba como un bólido sobre Londres. Huyendo del remolino, pasó tan cerca del suelo que pudo ver una tímida liebre huyendo entre el sembrado.

A su derecha una lluvia de cohetes de los ostrogitas

explotaban tumultuosamente en el aire. Al sur los restos de media docena de navíos aéreos, y á oriente y occidente y norte los navíos aéreos huían delante de él. Navegaban de oriente á occidente y de aquí al sur, pues no podían detenerse en el aire. En su presente estado de confusión, cualquier tentativa de evolución hubiera significado desastrosas colisiones.

Apenas podía Graham darse cuenta de lo que había hecho. En toda la circunferencia los aeroplanos retrocedían. Retrocedían. Iban haciéndose cada vez más pequeños. ¡Estaban en fuga!

Graham pasó á unos doscientos pies, poco más, sobre la estación de Rochampton. Estaba cuajada de gente que apagaba los demás sonidos con sus aclamaciones. ¿Pero por qué también Wimbledon Park estaba cubierta de un aclamador gentío? El humo y las llamas de Streatham ocultaban en aquel momento las estaciones de la otra parte. Graham ascendió y describió una curva para verlas, y ver también los barrios del norte. Primero se presentaron las cuadradas masas de Shooter's Hill á su vista, detrás del humo, alumbradas; y sobre la terraza el aeroplano que había conseguido tomar tierra, del cual iban saltando los negros. Después vino Blackhead y después, en el ángulo de la humareda, Norwood. En Blackhead no había pasado ningún aeroplano, pero una aeropila estaba sobre las cornisas. Norwood estaba inundado de pequeñas figuras que se agitaban con febril confusión. ¿Por qué? De repente lo comprendió. La obstinada defensa de las estaciones había concluído, el pueblo ganaba los bajos de las últimas trincheras de los secuaces de Ostrog. Y después, del borde norte de la ciudad, lleno de gloriosa importancia para él, llegó un sonido, una señal, una nota de triunfo, el sordo sonido de un cañonazo. Sus labios se entreabrieron, la emoción descompuso su fisonomía.

Aspiró el aire con fuerza.

—¡Vencen!—gritó en la desierta soledad.—¡El pueblo vence!

Contestóle un segundo cañonazo. Y entonces vió que la aeropila se deslizaba sobre los rieles para ponerse en

marcha. Elevóse libremente. Después tomó el rumbo sur alejándose rápidamente.

Momentáneamente comprendió lo que aquello significaba. Era Ostrog que escapaba. Gritó y puso la proa hacia él. Cuando estuvo cerca, la otra aeropila hizo una hábil maniobra y Graham pasó de largo.

Se puso furioso. Viró en redondo; la máquina de Ostrog se elevaba en espiral delante de él. Ascendió y logró ponerse encima en razón á la diferencia de peso entre ambas máquinas. Se dejó caer... ¡y viró de nuevo! A su paso vió el semblante del aeronauta, frío y confiado, y en la actitud de Ostrog una invencible resolución. Ostrog miraba hacia el sur sin desviar los ojos. Debía comprender cuán grotesca era su fuga. Graham se dispuso á emprender un nuevo ataque. Volvió la cabeza y llamóle la atención una cosa extraña. La estación más oriental, la de Shooter's Hill, pareció elevarse; una llamarada, una nube de humo y escombros se proyectó en el aire. Por un momento nada se oyó... después una formidable sacudida. El pueblo la había volado; aeroplano y todo. De pronto un nuevo estallido se dejó oír en la estación de Norwood. Y contemplando esto, transcurrió un corto intervalo de mortal quietud, y la primera bocanada de la explosión llegó á él. La aeropila se zarandó como enloquecida.

Por un momento casi volcó por entero con la proa hacia abajo y pareció vacilar entre volcar ó no por completo. En esto la segunda explosión echó la máquina á un lado.

Se encontró asido á una de las costillas del casco, y el aire le daba de lleno, *hacia arriba*. Parecíale que colgaba inmóvil, azotado por el viento. Ocurriósele que estaba cayendo. Después tuvo la seguridad de que caía. No podía mirar hacia abajo.

Encontróse recapitulando con indecible rapidez todo lo que había ocurrido desde su despertar, los días de duda, los días de imperio, y por último, el tumultuoso descubrimiento de la calculada traición de Ostrog. El moría, pero Londres estaba salvado. ¡Londres estaba salvado!

El pensamiento tenía una realidad de profunda ficción. ¿Quién era él? ¿Por qué estaba asido tan fuertemen-

te con las manos? ¿Por qué no podía soltarse? Innumerales sueños terminaban con aquella caída. Pero podía despertar pronto...

Sus pensamientos se hicieron más rápidos. Se preguntó si vería á Elena otra vez. Le pareció muy poco razonable que no la volviese á ver. ¡Debía ser un sueño! Sin embargo, la encontraría. Ella al menos era real. Era real. Despertaría y la vería.

Aun cuando no podía verlo, se percató súbitamente de que la tierra estaba muy próxima.

FIN